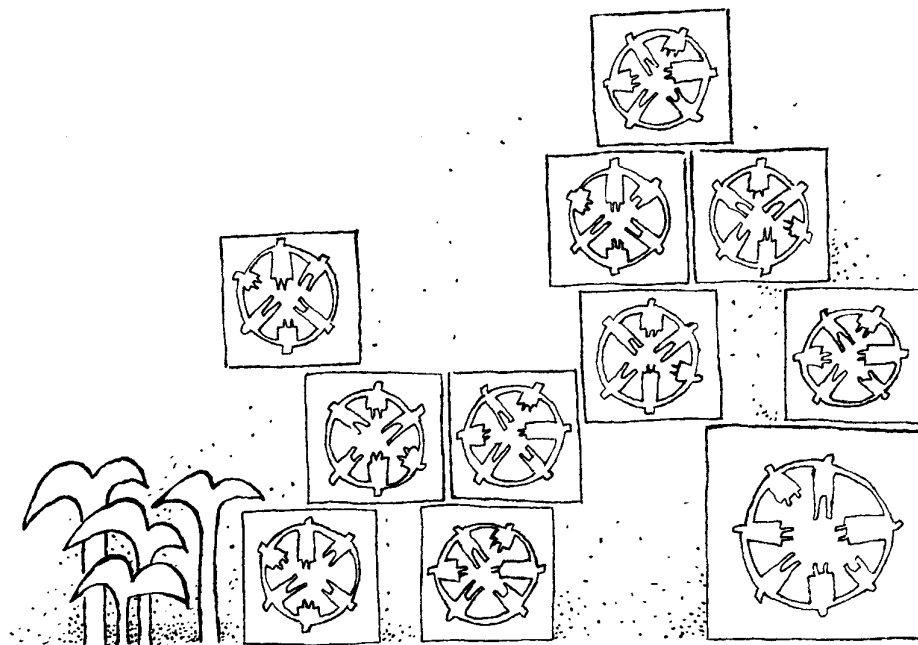


La construcción social del territorio y los modos de vida en la periferia metropolitana

Alicia Lindón¹

sección especial



Palabras clave:

Periferia metropolitana, modo de vida periférico, construcción social del territorio, subjetividad social.

Recibido: 20-01-2001

Aceptado: 23-08-2001

¹ Licenciada en Geografía. Magíster en Desarrollo Urbano del Colegio de México. Doctora en Sociología del Colegio de México. Profesora-investigadora del Departamento de Sociología en el área de Estudios Rurales y Urbanos de la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. México.

RESUMEN

En la búsqueda de nuevos acercamientos a la complejidad metropolitana –antes que instalados en reproducir en distintos contextos urbanos enfoques ya instituidos– en este artículo se analiza una zona de la periferia de la ciudad de México desde el punto de vista del sujeto anónimo que vive y hace la ciudad, su barrio y la vida urbana, con cada acto cotidiano. A esta aproximación la hemos identificado como la “construcción social del territorio periférico” y en ella el modo de vida y la subjetividad social son los conceptos nodales. Así, en la primera parte se le otorgan contenidos a la expresión “construcción social del territorio periférico” con el objetivo de entenderla como una forma de estudiar la periferia de las grandes ciudades. Luego, en el segundo apartado se reconstruye el concepto de modo de vida, y por último se presentan los contenidos concretos que toman el modo de vida y la subjetividad social en el área de estudio. El modo de vida sólo puede configurarse de distintas maneras cuando se identifican prácticas cotidianas; y éstas por su parte requieren del análisis de la subjetividad, como la forma de darle sentido a lo que el sujeto hace cotidianamente, es decir, darle sentido a sus prácticas. En esa relación entre la vida práctica de los habitantes de la periferia y el imaginario que la acompaña, se construye socialmente el territorio como un proceso que incluye expresiones materiales y otras de tipo simbólico.

ABSTRACT

Looking for new orientations to apply to the analysis of the metropolitan complexity, this paper analyzes a suburban district of Mexico City from the point of view of the anonymous subject living and making the city, his neighborhood and the urban life, through any everyday life action.

This form of analysis will be called as the “social construction of peripheral territory”; “way of life” and the “social subjectivity” are also central concepts in our interpretation of the reality.

Therefore, in the first part of the paper, we explain the concept of “social construction of peripheral territory” for the purpose of using it as a way of analysis of the suburbs of large cities. Then, in the second part of the paper, we are re-constructing the concept of “way of life” and finally, we are presenting some results of our research about the practical contents of both concepts –way of life and subjectivity– in our study area, the Chalco Valley, a large suburb of Mexico City.

The way of life only can be understood in its different configurations, if we introduce a study to the everyday practices of the inhabitants; those are requiring also the analysis of subjectivity as the way of giving sense to the everyday actions of the subject, to its everyday practices. In this relationship between the everyday life of the inhabitants of the periphery and the related imaginary, a social construction of the territory is taking shape as a process including materials expressions and others from a symbolical type.

La construcción social del territorio y los modos de vida en la periferia metropolitana

Hace algo más de diez años comenzamos a estudiar una de las periferias pobres del oriente de la ciudad de México, conocida como el Valle de Chalco. Este territorio fue desincorporado del uso agrícola durante la década de los setenta, y desde los años ochenta ha sido una de las zonas que ha contribuido más fuertemente a la expansión reciente del área metropolitana de la ciudad. Por esto mismo, a inicios de los años noventa también se constituyó en foco de particular interés para los estudios urbanos, sobre todo por la magnitud que allí tomó el proceso de expansión urbana. La urbanización del área fue tan acelerada que llevó a concentrar en dos décadas, alrededor de medio millón de habitantes en unos 40 kilómetros cuadrados, todos ellos de escasos recursos y en un contexto marcado por las carencias de todo tipo. Otra de las razones por las cuales los estudiosos de la ciudad orientaron su mirada hacia este territorio se debe al muy elevado monto que alcanzó en la zona la inversión pública a través de políticas de dotación de servicios básicos, al menos durante 1989-1994.

Nuestro acercamiento a este territorio, en un inicio siguió el enfoque de la "urbanización popular", verdadero eje rector de la investigación sobre periferias metropolitanas pobres durante los años ochenta, tanto en México como en América Latina en general. Evidentemente, esta perspectiva nos permitió conocer algunos procesos locales rele-

vantes, especialmente aquellos vinculados al problema del acceso al suelo urbano y a la vivienda, también el problema del empleo y la extendida informalidad, así como el entramado de todas estas dimensiones en las conocidas estrategias de supervivencia. Sin embargo, no tardamos en constatar que desde esta mirada quedaba una esfera de la vida social tejida en este territorio, que resultaba inaprehensible. Precisamente, nuestra investigación se canalizó sobre esa otra parte de la vida urbana que permanecía en la penumbra. En términos muy simples, nuestra inquietud sobre esa parte de la vida urbana, ha sido la de conocer cómo viven los habitantes de este territorio y cuál es su relación con el territorio que habitan.

Es necesario aceptar que interrogantes como los que acabamos de señalar no van más allá del conocimiento de sentido común. Dicho con otras palabras, para que esta preocupación se constituyera en una puerta para la generación de conocimiento científico sobre esa realidad social, era necesario replantearlo, y lo hicimos más o menos en estos términos: ¿Qué modos de vida se están conformando y reproduciendo en este territorio? ¿Cómo influyen estos modos de vida en la configuración del territorio y, a su turno, cómo éste vuelve a integrarse en la vida de sus habitantes, en un movimiento inacabado que articula modos de vida y territorio? Planteadas así nuestras preguntas, la primera evidencia hallada fue que las miradas que estábamos tomando hasta ese momento sólo permitían responder muy parcialmente esta pregunta, más aún, generaban respuestas forzadas. En otras palabras, los enfoques de la

territorios 7

urbanización popular, el acceso al suelo urbano, la informalidad, el empleo y las estrategias de supervivencia no tienen como objetivo develar modos de vida, ni la relación entre éstos y el territorio. Otra cuestión que observamos es que casi todas estas miradas están planteadas desde algún nivel analítico de tipo estructural, por ejemplo, los mercados de trabajo, los mercados especulativos de suelo urbano, las políticas que intervienen en el acceso de los pobres al suelo urbano. Posiblemente, detrás de esas coincidencias se encuentre la concepción que privilegia las estructuras sobre la acción.

Frente a todas estas evidencias, nuestros interrogantes no se definían desde ninguno de estos niveles estructurales, sino desde los sujetos anónimos que se insertan en esas estructuras (y en otras), pero reconociendo que esas posiciones estructurales no los hacen perder su condición de actores sociales activos, no los determinan, ni mucho menos los dejan desprovistos de la condición imprevisible de que es capaz el ser humano. Nuestros interrogantes se definieron desde los modos de vida, por eso comenzamos a estudiar la vida social de este fragmento metropolitano desde el nivel microsocial, más específicamente desde las prácticas cotidianas de los sujetos. Esto implicó seguir un abordaje poco usual en el campo de lo urbano: una mirada que parte del sujeto, de su quehacer banal y cotidiano, a la luz de la cultura. En términos metodológicos esto nos llevó a realizar observaciones muy cercanas a las personas, observaciones de pequeña escala: nos fuimos introduciendo en los estudios microurbano.

Esta forma de acercamiento a la realidad es poco frecuente en el contexto de la investigación urbana, ya que antes que partir de las estructuras que determinan a los sujetos, de las políticas que se instrumentan desde las esferas de la toma de decisiones, o desde la dimensión económica como el nodo estructurador de la vida social, partimos de los sujetos que hacen la ciudad y la vida urbana con sus acciones cotidianas, a veces aparentemente irracionales, otras veces intrascendentes a primera vista, pero con sentido dentro de una cultura o un mosaico multicultural en el cual frecuentemente se mueven las personas. Asimismo, también es poco usual que el investigador urbano no tome los datos estadísticos agregados como su fuente de información principal. Antes bien entendimos que nuestra información primordial estaba en la palabra de los propios actores, en sus narrativas, en sus discursos y no en los agregados estadísticos, que desdibujan a las personas para registrar atributos de ellas; aunque tampoco excluimos los agregados.

De igual modo que la urbanización popular, los enfoques centrados en lo económico o en las políticas han permitido avanzar considerablemente en la investigación urbana, aunque muchas veces el investigador olvida que al instituirlos como la forma de acercamiento, de inmediato se están cancelando las posibilidades de conocer otras dimensiones de la multiplicidad metropolitana. Frente a esto, la investigación microurbana puede constituir un punto de vista alternativo unas veces, y otras complementario, a las tan difundidas visiones de la ciudad desde la preeminencia de lo económico, o frente a aque-

llos enfoques para los cuales estudiar la ciudad ha devenido casi en un sinónimo del estudio de las políticas urbanas o las políticas con repercusiones en la ciudad.

Así, en la búsqueda de nuevos acercamientos a la complejidad metropolitana –antes que instalados en reproducir en distintos contextos enfoques ya instituidos– comenzamos a explorar este fragmento de metrópoli desde el punto de vista del sujeto que vive y hace la ciudad, su barrio y la vida urbana, con cada acto cotidiano (Lindón, 1999). A esta aproximación la identificamos como la “construcción social del territorio” (Hiernaux y Lindón, 2000), y en ella el “modo de vida” resultó ser un concepto clave. Con estos antecedentes, la primera parte de este documento se dedica a presentar esta mirada que estamos denominando la construcción social del territorio periférico. El segundo apartado aborda la problemática de los modos de vida y, por último, presentamos una forma de articulación de las dos temáticas anteriores en el caso específico que estudiamos. Todas estas reflexiones han surgido a la luz del estudio del caso antes citado, aunque en esta ocasión no es el objetivo considerar la problemática de la zona de manera integral, sólo se toman algunos aspectos con el fin de presentar una estrategia de acercamiento que pueda ser de utilidad para pensar otras periferias y suburbios metropolitanos.

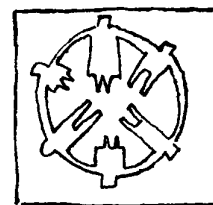
1. La construcción social de territorios periféricos de las metrópolis

La expresión “construcción social de un territorio” lleva una referencia implícita, que

hacemos explícita desde el inicio: El pensamiento de Berger y Luckmann y, en consecuencia, los enfoques interaccionistas-fenomenológicos en sus versiones más sociológicas. Sin embargo, nuestra expresión también reconoce otra componente central, como es el territorio, que no ha estado dentro de las preocupaciones teóricas de Berger y Luckmann, aunque estos autores han considerado el espacio en cuanto coordenada básica de toda experiencia.

La construcción social del territorio, en el caso específico de las periferias y suburbios de las grandes ciudades, puede ser considerada una forma de aproximación a la realidad, que le otorga centralidad a los habitantes del lugar con todas las limitaciones que la estructura social les impone, pero también reconociendo en ellos todo lo no previsible de que es capaz el ser humano, la capacidad de innovar, o de hacer lo no esperado de acuerdo a la posición social ocupada. No obstante, la centralidad del sujeto –a través de la figura del habitante local– para este enfoque no es un objetivo en sí mismo, sino un recurso para acceder a otro nivel analítico: Los conjuntos y redes de prácticas desplegadas por las personas.

La idea de que el territorio es construido socialmente no se refiere al sentido material de la palabra construir, sino a la construcción de una microsociedad y un territorio por parte de los habitantes locales. Cabe aclarar que hablamos de una microsociedad como un conjunto de relaciones sociales, ideas, imágenes y conocimiento colectivo; mientras que por territorio entendemos una organización y distribución de personas y



territorios 7

² El caso estudiado es el de un territorio que al ser desincorporado del uso agrícola, prácticamente quedó despoblado y los nuevos ocupantes que llegaron a los lotes fraccionados ilegalmente e integrados a la mancha metropolitana, procedían en gran parte de colonias aledañas ya urbanizadas con anterioridad, aunque algunos otros también llegaron del interior del país, de zonas rurales.

³ En el sentido fenomenológico del término.

territorios 7

actividades en el espacio y también una red de significados e imágenes a ellas asociadas. También es necesario enfatizar que no hablamos de la construcción social de cualquier territorio, sino de periferias y suburbios metropolitanos. Una de las consecuencias de esta especificidad es que estos territorios, en un momento dado (cuando se integran como periferias y suburbios del continuo metropolitano) reciben nuevos habitantes, como parte del proceso mismo de expansión urbana. Esa condición de “recién llegados” de gran parte de los habitantes locales, es una componente importante en el proceso de construirlo como territorio.

Así, la construcción social del territorio es realizada por los habitantes locales con las concepciones del mundo, las ideas, las imágenes, que tenían cuando llegaron al lugar², pero que también siguen reconstruyendo a partir de la interacción de unos y otros, a partir del apropiarse unos de las ideas, imágenes, concepciones, de los otros y viceversa, en ese proceso siempre en curso por el cual las ideas, los sentidos, se van entremezclando para constituir un conocimiento compartido, una concepción del mundo que no es propiedad exclusiva de un individuo sino de un colectivo.

Ese proceso de entrelazamiento de ideas va conformando un conocimiento colectivo, aunque nunca es compartido por todos los habitantes locales sino por fracciones, grupos. Este conocimiento colectivo incluye formas de concebir la vida, el trabajo, la familia, el futuro o el pasado, formas de concebirse a sí mismo (identidad), y también incluye referentes territoriales, formas de

identificar el territorio, de apropiarse de él, o expresiones de rechazo hacia el propio territorio habitado.

Todo este conocimiento social sobre el territorio inmediato, el territorio habitado, constituye el conjunto de los significados que se le atribuyen. Y aunque muchas veces las personas creen que el significado que le otorgan a su espacio inmediato es una construcción propia e individual, siempre es un significado construido en la interacción con otras personas, a veces simplemente son significados apropiados de los otros con quienes se interactúa, considerando que los otros pueden ser los “antecesores”³; lo que de paso recuerda que los significados del territorio pueden circular intergeneracionalmente y así perdurar.

Los significados del espacio siempre se hacen o se actualizan en la vida práctica, se expresan en las acciones que las personas realizan y emergen en expresiones con las cuales se refieren a él. Por ejemplo, fórmulas tan sencillas y familiares como “mi colonia o mi barrio” en contraste con “las otras colonias o los otros barrios”, pueden dar cuenta del sentido de pertenencia del sujeto respecto a su espacio, así como de los límites hasta los cuales se extiende dicha pertenencia. Ese conocimiento compartido a veces también ayuda a vaciar de significados un espacio, a no identificarlo, a no apropiarlo; nos referimos a aquellos espacios que no contienen una memoria, a los cuales los individuos no se sienten pertenecer, aun cuando allí tengan su lugar de residencia. Todo lo anterior marca los límites de la subjetividad social sobre el territorio, es decir, esa “provincia

limitada de sentido (...) llamada territorio” según las palabras de Bernard Poche⁴.

Si la subjetividad específicamente referida al territorio (los significados del territorio) no está desvinculada de la subjetividad social en sentido amplio, se puede comprender por qué los significados que se le otorgan al espacio en el cual se vive no son ajenos a otros significados, por ejemplo, al que toma la vivienda, las relaciones familiares tejidas en ese espacio, al proyecto familiar (cuando exista), a las relaciones con el vecindario... Todos ellos integran una red de imágenes, ideas, nociones, con las cuales las personas ven el mundo y actúan en él.

Recapitulando todo lo anterior se puede concluir que la construcción social del territorio es una mirada que pretende comprender el punto de vista del sujeto; es una mirada que reconoce a la sociedad y el territorio en constante construcción y reconstrucción por parte de las personas. Esta construcción de la sociedad y el territorio es un proceso inacabado de conformación de una subjetividad social, dentro de la cual hay ideas, significados, imágenes, específicamente referidos al territorio. La concepción de los significados sobre el territorio como el mecanismo que lo construye en territorio, no implica que las acciones sociales y los productos materiales del actuar del hombre no sean parte de ese constante proceso de construcción de la sociedad y el territorio, sino que éstas no son ajenas a ese mundo de significados. En otras palabras, la construcción social del territorio, para el investigador implica penetrar y desentrañar un mundo de significados que una micro-sociedad ha construido sobre su espacio.

De todo esto se desprende un problema metodológico relevante: Así como los significados del espacio no son ajenos ni independientes del actuar de las personas, tampoco pueden ser abordados ni aprehendidos directamente, en sí mismos, sino a través de las prácticas cotidianas, por medio de lo que la gente hace cotidianamente en su vida práctica, ya que sólo se construyen y reconstruyen en las acciones, a la luz de lo que se hace. Por esto, para acceder a la construcción social del territorio que constantemente realizan los habitantes locales, una posibilidad es hacerlo mediante los modos de vida, ya que este concepto hace emerger la vida práctica, el hacer de las personas y, a su vez, las acciones traslucen significados.

2. Los modos de vida periféricos

Cuando se intenta esclarecer el concepto de modo de vida, de inmediato surge la dificultad, ya que como muchas otras expresiones que forman parte de las sociologías de la vida cotidiana, a veces es empleado como concepto de sentido común, mientras que en otras ocasiones es objeto de teorización. Además, aun encontramos que al usarlo como concepto especializado, en algunas aproximaciones no se especifica su contenido, en otros casos sólo se lo conceptualiza parcialmente y, por último, encontramos autores que han generado propuestas conceptuales sólidas.

Para esbozar una primera delimitación de este campo teórico resultan de utilidad las reflexiones de Curie *et al.* (1986:314). Según estos autores el modo de vida siempre

⁴ Bernard Poche habla de provincia limitada de sentido o mundo, en el sentido schutziano de las realidades múltiples. (Poche, 1996:124).

⁵ Beatriz Albores (1995:410-432) hace una revisión sobre el modo de vida –sobre todo en el pensamiento marxista– como una introducción a su tema, que es el ‘modo de vida lacustre’.

⁶ Nosotros hemos hablado de sistemas parciales de prácticas cotidianas en relación con el estudio de la trama de la vida cotidiana.

territorios 7

se relaciona con hogares, con procesos dinámicos referidos a los hogares y con sus espacios-tiempos. Aunque estas ideas no alcanzan a constituir una conceptualización acabada, tienen la virtud de delimitar algunas “piezas” que configuran el concepto de modo de vida.

Una revisión rápida de lo teorizado sobre el modo de vida muestra dos líneas pioneras de aproximación al concepto y también algunos esfuerzos contemporáneos más focalizados. Dentro de las líneas pioneras está la que surge en los inicios de la sociología urbana, de herencia simmeliana, y otra que se alimenta de aportes procedentes del pensamiento marxista. En ambos casos, más que conceptualizaciones precisas, se trata de los primeros esfuerzos por teorizar nuestro concepto a través del análisis de alguno de sus rasgos. Así, la sociología urbana de Chicago de los años veinte trabajó particularmente sobre el modo de vida “urbano”, destacando como uno de sus rasgos más fuertes, el individualismo visto en sus distintas expresiones y, particularmente, a través de la distancia social y afectiva.

Por su parte, el otro acercamiento pionero al tema, el marxista, enfatizó otro rasgo de los modos de vida: El carácter conservador, lo inmóvil, lo estable y lo difícil de cambiar⁵. Dentro de las perspectivas marxistas, uno de los esfuerzos más acabados es el de Agnes Heller, para quien “En el ámbito de una determinada fase de la vida, el conjunto (...) de las actividades cotidianas está caracterizado (...) por la *continuidad absoluta*, es decir, tiene lugar precisamente ‘cada día’. Éste constituye el fundamento respectivo del

modo de vida de los particulares” (Heller, 1977). Como toda la visión de Heller sobre la cotidianeidad, el modo de vida aparece dominado por lo repetitivo. Lo repetitivo de la cotidianeidad parece asemejarse a lo repetitivo del trabajo industrial. Para Heller el modo de vida es un conjunto de prácticas cotidianas, antes que prácticas en sí mismas y aisladas. En las versiones marxistas más dogmáticas, ese conjunto de prácticas corresponde sólo a actividades económicas. Más allá de la limitación que supone reducir las prácticas cotidianas a lo económico es esclarecedor el énfasis en la red de actividades⁶ y en el carácter conservador, como característico de los modos de vida.

Las aproximaciones más recientes se ubican en las sociologías de la vida cotidiana; entre ellas es posible distinguir una primera perspectiva, en la cual el modo de vida expresa los aspectos fenoménicos de cuestiones cognoscitivas (como representaciones, imágenes y categorías utilizadas por los individuos), cuestiones normativas (como valores, *ethos*, esperanzas y deseos) y problemas prácticos de los individuos, que reflejan las distintas posiciones en la sociedad. Por ejemplo, para Caroux (1975), los modos de vida designan las prácticas cotidianas de un grupo social, en sus dimensiones subjetivas y objetivas, cuyos determinantes se sitúan a otros niveles.

Dentro de este conjunto de enfoques más o menos recientes encontramos una segunda conceptualización, más precisa que la anterior, para la cual lo relevante no es la realización de una cierta práctica social o la presencia de una representación social particular,

sino la red organizada en la que se integran las distintas prácticas y representaciones sociales. En este caso, el modo de vida toma el carácter de una estructura que integra prácticas y representaciones.

Por último, tenemos una conceptualización para la cual el modo de vida sería una estructuración, y no sólo una estructura (Pitrou, 1972 y Benoit-Guilbot). El modo de vida da cuenta de los procesos productores de la estructura, es decir, es la red organizada de prácticas y representaciones, así como sus determinantes. El modo de vida viene a constituir un conjunto de procesos con los cuales los individuos organizan sus respuestas ante las condiciones de vida. Por ello, el modo de vida expresa una situación relativamente estable, ya que no sólo es la expresión fenoménica, sino también lo que la produce. En el modo de vida entran en juego prácticas actuales y también representaciones y creencias heredadas del pasado, como proyectos y estrategias elaboradas para superar las condiciones de vida actuales; es decir, prácticas y proyectos orientados hacia el futuro. De esta forma, el modo de vida se constituye en el cruce de los procesos históricos con la vida cotidiana de los sujetos.

En esta última perspectiva desarrollada desde la sociología, es importante el trabajo de Salvador Juan. Su visión del modo de vida también regresa sobre los conjuntos o sistemas de prácticas cotidianas, aunque introduce la especificidad de que son prácticas 'fossilizadas'. El modo de vida corresponde a "sistemas de prácticas cotidianas que aparecen como regularidades sociales por ser producto de procesos de institucionalización de las innova-

ciones culturales" (Juan, 1991:23-24). Resulta específico de esta conceptualización el carácter fossilizado de las prácticas, que viene a aproximarse a lo conservador e inmóvil de los planteamientos marxistas más dogmáticos, aunque esta idea es más compleja que lo conservador. Lo fossilizado es una expresión metafórica de lo instituido socialmente.

De estas tres concepciones recientes, la primera que comentamos da cuenta de los componentes que integran el modo de vida, las prácticas y las cuestiones cognoscitivas y normativas que permiten conformar los sentidos de las prácticas. La segunda concepción va un paso más adelante al presentar las prácticas y representaciones articuladas en una red o una estructura. En tanto que la tercera insiste en el cruce de la cotidianidad con la historicidad. La integración de estos últimos enfoques permite concebir el modo de vida como un conjunto de prácticas y representaciones articuladas en una red, considerando que dicha red se constituye frente a las condiciones de vida que resultan de los distintos procesos históricos que cruzan la vida de los individuos. La reconstrucción de esas redes de prácticas y representaciones puede ser un recurso metodológico para hacer emerger la subjetividad territorial, ya que ésta se halla íntimamente asociada con el hacer cotidiano.

3. Los modos de vida periféricos a la luz de la construcción social del territorio periférico

Tal como ya lo señalamos, nuestro objetivo es pensar la construcción social del territo-

territorios 7

⁷ En el caso estudiado, la condición de “vivienda propia” no se fundamenta en la situación legal, sino que es parte de una forma de ver y significar la realidad, ya que en esencia eran fraccionamientos ilegales sobre los cuales los nuevos ocupantes y autoconstructores no disponían de propiedad. Aunque, con los años se otorgó la propiedad legal.

rio y los modos de vida en el caso específico de las periferias y suburbios de las grandes ciudades, y particularmente de la Ciudad de México. Ahora bien, esas periferias y suburbios pueden responder a situaciones de distinto tipo. Por ejemplo, está el caso de los antiguos poblados que han sido más o menos cercanos a una ciudad y en un momento son alcanzados por la expansión metropolitana, pasando así a integrar su periferia. La construcción social de este territorio y los modos de vida que en él se desarrollan pueden ser notoriamente diferentes a los casos en los cuales la periferia se constituye sobre antiguas tierras rurales que por una amplia gama de procesos especulativos de los mercados de suelo, quedan “vacías” esperando que la expansión metropolitana las alcance. Entre ambos casos hay importantes diferencias, sobre todo por la condición de zona despoblada (o semidespoblada) que se da en un momento dado en el segundo tipo, mientras que el primero se acerca más al de una cultura tradicional sobre la cual van ingresando y entremezclándose lentamente otras. Las periferias que han pasado por el despoblamiento y nuevo poblamiento son las que concentran nuestra atención, por ser de este tipo el caso estudiado; así, nuestras reflexiones sólo se refieren a estos territorios, considerando además la componente adicional de que ese nuevo poblamiento del lugar fue realizado por pobladores de muy escasos recursos. Esta condición es importante, ya que no debe ser asimilado a los suburbios apropiados por clases medias, que construyen el territorio bajo otras lógicas.

En las periferias metropolitanas pobres que han pasado por este proceso de despoblamiento y nuevo poblamiento urbano, ambos fenómenos también implican un vaciamiento de significados y la posterior convergencia de una multiplicidad de subjetividades (procedentes de diferentes culturas y lugares), que a pesar de su heterogeneidad iniciaron nuevos procesos intersubjetivos de entrelazamiento de ideas a partir de las interacciones cotidianas entre vecinos antes desconocidos. Estos procesos de entrelazamiento de ideas se desencadenan cuando distintos sujetos convergen en un lugar, que en principio es significado como el único territorio en el cual es posible concretar la meta de tener “una vivienda propia”⁷. Esto muestra la importancia que toma la interacción vecinal en ese proceso de construcción social de una subjetividad territorial, incluso cuando las interacciones sean superficiales o conflictivas.

En este tipo de periferias metropolitanas, y en el caso estudiado en particular, la subjetividad social sobre el territorio vivido muy frecuentemente se construye en torno a los contenidos que toman la relación “anclaje/movilidad” y el sentido de la “pertenencia/falta de pertenencia”. La consideración de estos ejes de manera bipolar, antes que hacerlo en términos de cada uno de los polos de estos binomios, los inscribe en la lógica del movimiento, es decir, los concebimos en un espectro a lo largo del cual ambos ejes se pueden desplazar. Así, partimos de la idea de que tanto el anclaje como la pertenencia se pueden mover desde la condición de muy

territorios 7

fuerte anclaje o pertenencia, hasta su ausencia, pasando por muchas y muy diversas situaciones intermedias.

La relación anclaje/movilidad habla de lo fijados a un territorio que están los sujetos, o bien del movimiento que despliegan cotidianamente en el territorio. Para comprender el anclaje y la movilidad cotidiana son importantes los desplazamientos entre el lugar de residencia y el lugar de trabajo, por la centralidad que tiene el trabajo entre los sectores populares en tanto proveedor de recursos para la subsistencia. Por su parte, el sentido de la pertenencia expresa la apropiación que los sujetos hacen de su territorio. La pertenencia se refiere a la posibilidad de identificar un territorio y sentirse parte de él y, por lo tanto, también se relaciona con la identificación del sujeto con su territorio. Así, el territorio apropiado, al cual se pertenece, puede ser una fuente para la construcción de identidades. En nuestra investigación, el anclaje y la pertenencia han sido los dos nodos con los cuales penetramos en la subjetividad territorial.

Nuestro trabajo empírico citado nos ha llevado observar la pertinencia de distinguir dos escalas analíticas tanto para estudiar el anclaje/movilidad, como para abordar la pertenencia/falta de pertenencia: El espacio de la vivienda o del hogar y el espacio barrial. Esta diferenciación es una forma de señalar que un sujeto o grupo social puede reconocer una fuerte pertenencia respecto al espacio residencial y, sin embargo, es posible que esto no se extienda al barrio, sino que éste sea rechazado. De igual forma, es posible

hallar la situación opuesta: Fuerte pertenencia respecto al barrio y muy escasa con relación al espacio residencial.

En términos metodológicos, una forma de aproximación a la pertenencia, o a su ausencia, es a través de las narraciones con las que los sujetos describen estos territorios. Sin embargo, si además de aprehender esa provincia limitada de sentido que es la subjetividad territorial, también buscamos comprender cómo se llegan a construir, no sólo la pertenencia (o su ausencia) sino también el anclaje, un recurso muy fecundo es la reconstrucción de los modos de vida, ya que ellos muestran redes de prácticas cotidianas asociadas a sentidos, territoriales y no territoriales. En otras palabras, los modos de vida no sólo permiten comprender si el sujeto siente que pertenece o no a su territorio, o detectar cuándo los sujetos están anclados a un territorio; sino también reconstruir un universo de sentido más amplio dentro del cual la pertenencia y el anclaje se articulan con otros significados y con prácticas específicas.

Ubicados así en el campo de los modos de vida y con el fin de aprehender la subjetividad territorial, nuestra investigación sobre el caso antes citado nos condujo a estudiar tres ámbitos específicos de la cotidianidad, por la relevancia que adquieren en la construcción de los significados del territorio: el ámbito del trabajo, el familiar y el vecinal. Por su naturaleza, igual podrían ser los ámbitos fuertes de los modos de vida de muchas otras periferias de este tipo. Éstos son ámbitos en los cuales los sujetos desarrollan

territorios 7

⁸ En nuestra investigación reconstruimos otros dos modos de vida, ambos con movilidad territorial cotidiana. Uno de ellos con pertenencia al espacio residencial y al barrial, y el otro con pertenencia al espacio residencial y rechazo por el barrio (Lindón, 1999).

⁹ Se trata de actividades comerciales realizadas en un local adjunto a la vivienda.

¹⁰ A excepción de los desplazamientos para aprovisionamiento del comercio, que no son diarios.

territorios 7

distintas formas de encuentro con el otro, diferentes formas de socialidad. Asimismo, las prácticas que se realizan en ellos tienen espacialidades específicas, a veces concentradas en un lugar, otras dispersas en muchos espacios. Esas socialidades, al igual que sus espacialidades, contribuyen a la construcción de la subjetividad territorial.

El fuerte peso que encontramos en estos tres ámbitos de la cotidianidad está asociado con el perfil del territorio periférico estudiado: Al tratarse de pobladores de escasos recursos, resulta difícil hallar cotidianidades desplegadas en otros ámbitos de la vida. El trabajo y la familia siguen siendo lo que estructura la cotidianidad, y el vecindario cobra importancia por la proximidad física ineludible.

Uno de los modos de vida hallados y que nos interesa destacar en esta ocasión porque se aleja de lo esperado⁸, fue aquel en el cual los habitantes locales están inmersos en una fuerte sedentarización, resultante de la localización del trabajo dentro de la vivienda⁹. La actividad comercial –para estos sujetos, su trabajo– casi siempre es desarrollada por el grupo familiar, y no por un solo miembro del grupo. Este modo de vida resulta articulado en torno a una unidad indisociable constituida por el trabajo y la vivienda, siendo esta última la expresión material del hogar. El carácter de unidad indisociable deriva de las prácticas cotidianas que asocian el trabajo y la familia. Por ejemplo, se trabaja en familia, se reside en el lugar de trabajo, y en este último no sólo se trabaja sino también se realizan tareas domésticas y de atención de los hijos, incluso el lugar de trabajo llega a

operar en instantes, como el tiempo libre compartido por el grupo familiar, o por una parte de él. Asimismo, resultó notorio el significado atribuido a esa unidad indisociable: representa el logro familiar, es decir, la vivienda/trabajo simboliza lo que ha logrado el grupo a lo largo de una biografía familiar.

Así se ha conformado un modo de vida cuyas prácticas se concentran espacialmente en la vivienda/trabajo, la movilidad territorial cotidiana es escasa, ya que no hay que desplazarse para trabajar¹⁰, es muy fuerte el anclaje en ese microterritorio, las interacciones sociales se desarrollan en gran parte dentro del contexto familiar, es decir, hay una constante copresencia entre los miembros del grupo familiar y también ciertas solidaridades internas al grupo, todas ellas destinadas a mantener el logro: el comercio en la vivienda. Este modo de vida se estructura en torno a una dimensión espacial no esperada, como es la sedentarización fuerte o la muy escasa movilidad cotidiana en el territorio. Esto no resulta lo esperado si se considera que durante mucho tiempo se ha pensado que los habitantes de las periferias metropolitanas necesariamente realizan grandes desplazamientos diarios por trabajo, de donde deriva la conocida expresión de “periferias dormitorio”. Este modo de vida no pretende negar el concepto de periferia dormitorio, pero muestra que no puede ser generalizado a cualquier suburbio o periferia habitada por sectores populares.

En este modo de vida aun apareció otra dimensión no esperada: la socialidad con el vecindario. En el ámbito vecinal el hallazgo fue el predominio de la distancia social, es

decir, los intercambios con el vecindario son muy escasos y superficiales. El grupo familiar subsiste por la actividad comercial prestada al entorno vecinal, aunque esto sólo genera un mínimo de interacciones, las más necesarias por la naturaleza misma del acto comercial. El vecindario es identificado como "los otros diferentes", lo que dificulta la interacción más allá de lo estrictamente necesario. A ello se suma la concepción de que el mantenimiento del logro familiar exige que el grupo realice un esfuerzo de concentración en el trabajo y en la cotidianidad del grupo familiar, evitando todas las formas de socialidad externas al hogar. Se trata de modos de vida replegados hacia el interior del hogar. Muy relacionado con lo anterior, emerge el significado que cobra el territorio barrial: un territorio rechazado al que no se pertenece y en el cual se permanece sólo ante la imposibilidad de sostener el logro familiar en otro lugar.

Frente a los discursos urbanos ampliamente difundidos que muestran a las periferias metropolitanas pobres como los territorios de la solidaridad vecinal, de las redes sociales cerradas, de los intercambios vecinales muy estrechos, estos hallazgos muestran un modo de vida en el cual, ante la imposibilidad de aumentar la distancia física, al vecino se le impone la distancia social, se desarrollan estrategias para evitar los intercambios vecinales. Esto no niega el desarrollo simultáneo de otros modos de vida más solidarios entre vecinos en la misma periferia, también los hallamos; más bien muestra la heterogeneidad que aloja un territorio periférico que en apariencia parece homogéneo.

En síntesis, en este modo de vida la subjetividad territorial se construye con estos dos componentes centrales: la pertenencia es fuerte pero sólo con respecto a la vivienda/comercio, mientras que respecto al barrio se observan la falta de pertenencia y el rechazo. El habitante local no se reconoce en el territorio barrial, no se siente unido a él más que por necesidad. Esto viene acompañado de una mínima movilidad territorial cotidiana y un muy fuerte anclaje en la vivienda/comercio, es decir, el anclaje se da en el territorio apropiado.

Así, la reconstrucción de la subjetividad territorial a partir de los modos de vida permite detectar que algunos habitantes locales están anclados o fijados a un microterritorio constituido por su residencia y lugar de trabajo superpuestos, y que sólo sienten pertenencia por ese microfragmento, en tanto que rechazan al territorio circundante junto con el vecindario que le da vida, creando la imagen de viviendas/comercios desintegradas del entorno y replegadas hacia adentro. Reconstruir esto desde los modos de vida también implica la enorme ventaja de comprender que ese anclaje está relacionado con las prácticas de trabajo, que ese repliegue hacia el microterritorio es parte de una estrategia para mantener lo más valioso que tiene el hogar (el logro familiar), que ese mismo repliegue contribuye al distanciamiento con el vecindario y también a construir el sentido de no pertenecer al barrio en el cual se reside y que la fuerte pertenencia hacia la vivienda/trabajo está enraizada en el sentido de que esa vivienda es el símbolo del logro y, por ende, del progreso familiar. Este senti-

territorios 7

do de la pertenencia, estos rechazos, imágenes, repliegues, son fragmentos de la subjetividad territorial con los cuales también se construyen las periferias de las grandes ciudades.

Bibliografía

- Albores, Beatriz, 1995, *Tules y sirenas. El impacto ecológico y cultural de la industrialización en el Alto Lerma*, El Colegio Mexiquense-Gobierno del Estado de México, Toluca, pp. 410-432.
- Aguilar, Miguel Ángel (1990), "La construcción de una psicología urbana", *Polis*, UAM-I, México, pp. 397-417.
- , 2000, "Uso del espacio e identidad del lugar en valle de Chalco". En: Hiernaux, Daniel; Alicia Lindón y Jaime Noyola (coord.), *La construcción social de un territorio emergente: El Valle de Chalco*, El Colegio Mexiquense-Municipio Valle de Chalco Solidaridad, pp. 273-288.
- Bourdin, Alain, 1996, "L'ancrage comme choix". En: Hirschhorn, Monique y Jean-Michel Berthelot (coord.), *Mobilités et ancrages. Vers un nouveau mode de spatialisation*, Col. Villes et Entreprises, L'Harmattan, París, pp. 37-56.
- Caroux, Jacques, 1975, *Evolution des milieux ouvriers et habitat. Étude exploratoire des relations mode de vie-habitat*, marzo, Centre d'Ethnologie social et de Psychosociologie, París, 322 pp.
- Curie, Jacques; Gérald Caussade y Violette Hajjar, 1986, "Comment saisir les modes de vie des familles?". En: *L'esprit des Lieux, Localités et changement social en France*, Programme observation du changement social, Editions du C.N.R.S., París, p. 314.
- Heller, Agnes, 1977, *Sociología de la vida cotidiana*, Ediciones Península, Barcelona, p. 23.
- Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón, 2000, "Una aproximación a la construcción social del lugar en la periferia de la Ciudad de México". En: Hiernaux, Daniel; Alicia Lindón y Jaime Noyola (coord.), *La construcción social de un territorio emergente: El Valle de Chalco*, pp. 9-30.
- (1998), "Proceso de ocupación del suelo. Mercado de tierra y agentes sociales. El Valle de Chalco, Ciudad de México". En: Edith Jiménez (comp.), *Análisis del suelo urbano*, Instituto Cultural de Aguascalientes, pp. 225-278.
- Juan, Salvador (1991), *Sociologie des genres de vie. Morphologie culturelle et dynamique des positions sociales*, Col. Le Sociologue, PUF, París, pp. 23-24.
- Juárez Núñez, José Manuel, 2000, Territorio e identidad social en el Valle de Chalco. En: Hiernaux, Daniel; Alicia Lindón y Jaime Noyola (coord.), *La construcción social de un territorio emergente: El Valle de Chalco*, pp. 245-272.
- Knorr-Cetina, Karim y Aron Cicourel, 1981, *Advances in Social Theory and Methodology: Toward and Integration of Micro and Macro Sociologies*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Lindón, Alicia, 1999, *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, El Colegio de México-El Colegio Mexiquense, 488 pp.

- , 2000a, “La espacialidad como fuente de las innovaciones de la vida cotidiana. Hacia modos de vida *cuasi* fijos en el espacio”. En: *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, en proceso de publicación (2000), El Colegio Mexiquense-CRIM-Anthropos de Barcelona, Col. ATT-Ciencias Sociales.
- , 2000b, “La espacialidad del trabajo, la socialidad familiar y el ideario del progreso. Hacia nuevos modos de vida urbanos en el Valle de Chalco”. En: *La construcción social de un territorio emergente: El Valle de Chalco*, pp. 289-213.
- Montulet, Bertrand, 1998, *Les enjeux spatio-temporels du social. Mobilités*, Col. Villes et Entreprises, L'Harmattan, París, p. 220.
- Pellegrino, Pierre (2000), *Le sens de l'espace, Livre 1, L'Époque et le Lieu*, Economica, París, 153 pp.
- Pitrou, Agnès (1972), *La famille dans la vie de tous les jours*, Privat Ed., Toulouse. 220 pp.
- (1987), “L'interaction entre la sphère du travail et la sphère de la vie familiale”. En: *Sociologie et Sociétés*, vol. xix, núm. 2, octubre, Montréal, pp. 103-113.
- Poche, Bernard (1996), “Entre l'économie mondiale et la néo-localité: la problématique territoriale du sens”. En: Hirschhorn, Monique y Jean-Michel Berthelot (dir.), *Mobilités et ancrages. Vers un nouveau mode de spatialisation*, Col. Villes et entreprises, L'Harmattan, París, pp. 115-131.

